

JOSÉ TOMÁS DE CUÉLLAR

LA LINTERNA
MÁGICA



José Tomás de Cuéllar (1830-1894) fue simultáneamente el antecedente de Ángel de Campo y el continuador de la novela costumbrista iniciada por Joaquín Fernández de Lizardi. José Tomás de Cuéllar colaboró en los principales periódicos de su época, perteneció a varias sociedades literarias y científicas y desempeñó diversos cargos diplomáticos. Publicó obras de teatro en San Luis Potosí, en el semanario *La Ilustración Potosina*. En la ciudad de México, bajo el seudónimo de *Facundo*, publicó la serie de novelas que llevan por título general *La linterna mágica*, testimonio único por la sagacidad y por la perspicacia con que Cuéllar discurre acerca de la clase media de su época.

La preparación de este volumen contó con la inapreciable colaboración de don Mauricio Magdaleno.

Índice de contenido

Cubierta

La linterna mágica

Prólogo

Addenda biobibliográfica

Baile y cochino...

- I. Preparativos del baile y del cochino
- II. De cómo se reclutaban parejas y se alistaba concurrencia
- III. De las «Machucas» y de otras parejas
- IV. De cómo entre otras cosas se preparaban para el baile del coronel las niñas de la «Alberca Pane»
- V. Que trata de lo que hizo con su virtud una señora invitada al baile de Saldaña
- VI. De cómo las apariencias de las niñas «cursis» suelen comprometer a resultados serios
- VII. Comienza el baile
- VIII. De cómo el calor de las velas, en combinación con el «cognac» de cinco ceros y otros peores, suele hacer de un baile un pandemónium
- IX. Conclusión

La Noche Buena

Capítulo I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

El aguador

PRÓLOGO

Como Fernández de Lizardi, como Juan Bautista Morales y como Ángel de Campo, José Tomás de Cuéllar cifra un recio capítulo de la vida del pueblo mexicano. Como ellos tres, su voz está y estará presente, en la historia del sentimiento de México, cada vez que se pregunte por un real filón de pueblo y de patria. Como ellos tres, conoció a su gente en sus más íntimas vetas y dio su canto en legítimo recinto de sol y viento mexicanos. Su vida atraviesa de punta a punta lo más fibroso del siglo diecinueve y llega a los años finales de éste, saturada toda de ese estremecimiento que ponen las muchas convulsiones en los viejos de rica y sensible ejecutoria. Basta y sobra con seguirle el paso, a través de sesenta y cuatro años copiosos: nace bajo el gobierno de Bustamante, en días tremendos, calientes aún las pavesas del Plan de Jalapa; se hace niño en el barullo de los pronunciamientos de Santa Anna, la desolación del cólera grande, la mojiganga del centralismo, la vergüenza de la Guerra de Texas, el oprobio de la de los Pasteles, la carta de Gutiérrez Estrada llorando la disolución del país y reclamando la vuelta a la monarquía, la secesión de Yucatán, el hambre, la revuelta cada seis meses, el caos; se bate, con sus camaradas adolescentes del Colegio Militar, a las órdenes de Monterde, en Chapultepec; se abre la flor de su juventud entre las fanfarrias que saludan a Su Alteza Serenísima y las vísperas que despiden a los restos mortales de Lu-

cas Alamán, mientras por la Costa Chica sonaban ya los cuernos de los pintos de Juan Álvarez y echaba vaharadas de lumbre el Plan de Ayutla; embarnece de seso al calor de la Reforma y la Guerra de los Tres Años; mira entrar en su vieja ciudad de México a la hueste de Bazaine y luego a Maximiliano y a Carlota; madura al aliento de los gobiernos de Juárez y Lerdo; se adhiere a la general hambre de paz de la república, exhausta tras de sesenta y cinco años de fiebre, y se arrellana en la calma chicha de la dictadura del general Díaz, en la cual suelta a hablar su vena de poeta y traspasa en buena parte, finando, al cabo, en días de intensa creación material, hacia las postrimerías de ese siglo en el que él dejó perfume, befa y canto...

Hablar de Facundo es traer a colación una página de capitosa enjundia de rompopo y de acidez filosófica de cuaresma mexicana. El pueblo cuyo vivir registra, crepita, como un horno, antes de amasar destino. Se siente la desesperanza de lo que aún no cuaja en conciencia y se revuelve, informe, como una larva. La patria, en plena noche obstétrica, pare monstruos, alimañas, oportunistas, prevaricadores, demagogos, aventureros, histriones, farsantes disfrazados de apóstoles, fraude, concusión, medro, cuartelazos, oprobio, horror... Era natural. Las patrias no emanan de otra sustancia y la biología —el acaecer de México, durante ese siglo que arde, pertenece por entero a la más pura y elemental connotación biológica— aún no cuaja en conciencia, en noción nacional. El que se asuste de aquellos días que suelen abundar en tufos de vertedero, poco sabe de las hondas realidades en que se gesta, como en matriz de fuego, el destino de todo pueblo. Facundo, contemporáneo del sismo, alma sensible y a la que por lo mismo afecta hasta la fiebre el espectáculo primordial de su gente, se vuelve contra él y lo fustiga. Lo fustiga sin piedad, como sólo antes lo hiciera Juan Bautista Morales, el de aquella invención sulfurosa del Gallo pitagórico; pero con un instrumento más cuajado, más contundente, más completo: el

de la novela. De ahí su vena —y su fortuna y su limitación— de novelista.

La novela ya había producido en México, antes de *Facundo*, dos brotes de cálida y auténtica sustancia vernácula: *El Periquillo Sarniento* y *Los Hermanos de la hoja*. Una y otra, en virtud de su excelencia, señalan sendos minutos de convulsión nacional. Las novelas de Cuéllar signan otro, más próximo a nosotros, no menos rico que aquéllos y quizá más frondoso de pulpa social mexicana. El especioso, el grave camarada de hace sesenta años, es un hombre contemporáneo de Hugo, de Balzac, de Zola, de Dostoiewsky. Cuéllar registra la palpitación más fiel —más banal, más exterior también— de un lapso decisivo en la vida de México: el del mundo nacido del fuego de la Reforma. Cuando el infatigable novelista aparece, la república se revuelve en la espesa noche de llamas de Santa Anna, de Bustamante, de Paredes; cuando se extingue, en pleno año de 94, estamos en la era industrial del general Díaz, bajo el marasmo osificante de la paz y en vísperas de saltar al nuevo siglo. Las sustancias de esos años caudalosos que median entre uno y otro garitón de historia patria, insertadas están en lo más hondo de la obra novelesca de *Facundo*, galería mexicana sin igual de hombres y costumbres, de política y de feria, de broma y de angustia, de caricatura y de talla directa. En cierto modo, *La linterna mágica* es uno de los juicios críticos más relevantes y más autorizados de ese capítulo mexicano de historia. Y uno de los más acerbos, también. Como con razón dice, al respecto, Pérez Martínez: «Otro valor más limpio tiene la obra de *Facundo*: el de pesar responsabilidades enjuiciando, históricamente, a su época». Y vamos a dar, otra vez, a la nota más peculiar del novelista de *La linterna*: la que emana de su naturaleza ética, moralizante. Todo Cuéllar es una conmovida obsesión ética. A través de su sarcasmo —casi siempre sangriento e inexorable— se llora la suerte de un país entregado a la anarquía, cuya clase alta sólo se ocupa de banquetearse, de lucrar y de coludirse

con el poderoso en turno; cuya clase media —dramatis personae preferido de Facundo y sondeado por su garra en todas sus dimensiones— desfallece en la cursilería de la imitación de aquélla, en el escepticismo más sordo y en la frivolidad más densa, y cuya clase baja se arrastra en el arroyo, encanallada y soez, como una piltrafa...

Primera nota grata —que registro jubilosamente, porque es justo—: la mexicanidad de Cuéllar, en aquel minuto en el que privaban el pompier, la ópera italiana y el rococó más desfallecido. No era hora, aún, de ensayar calidad mexicana en grande: apenas si la vieja intención que nace con Lizardi, se prolonga en Morales y en Prieto y remata, por esos años del último tercio del siglo, en el propio Facundo, sale de su embrión, embarnece, cobra forma y se da cuenta de su significado local y universal. Pero, aún en bruto, está allí, ya, la novela mexicana de costumbres —la que habría de cobrar boato en las manos de Rafael Delgado y acento decisivo bajo la lente implacable de Mariano Azuela. El mismo Cuéllar lo dice, buscando definición a su obra: «La linterna mágica no trae costumbres de ultramar, ni breveté de invención; todo es mexicano, todo es nuestro, que es lo que nos importa; y dejando a las princesas rusas, a los dandies y a los reyes en Europa, nos entenderemos con la china, con la polla, con la cómica, con el indio, con el chinaco, con el tendero». Valores mexicanos primarios, como se ve; pero no por ello menos genuinos. Ya habría tiempo de que lo mexicano cobrara dimensión, profundidad, y refiriese lo esencial del tono nacional. «Yo he copiado a mis personajes a la luz de mi linterna —agrega por ahí el viejo lenguaraz de Baile y cochino—, no en drama fantástico y descomunal, sino en plena comedia humana, en la vida real, sorprendiéndoles en el hogar, en la familia, en el taller, en el campo, en la cárcel, en todas partes; a unos con la risa en los labios, y a otros con el llanto en los ojos; pero he tenido especial cuidado de la corrección en los perfiles de vicio y la virtud: de manera que cuando el lector, a la luz de mi linter-

na, ría conmigo, y encuentre ridículo en los vicios, y en las malas costumbres, o goce con los modelos de la virtud, habré conquistado un nuevo prosélito de la moral y de la justicia...».

Linda tirada romántica —pese a Cuéllar: ¡el pobre creía haber roto lanzas tan denodadamente contra el romanticismo de su tiempo!— digna de Los misterios de París o del Jorobado de Lagarder; linda y reveladora, por ingenua, de la verdadera naturaleza de este moralista que se revuelve en la feria de su tiempo y su pueblo blandiendo armas de redentor.

Salta a los ojos —¡el decorado es tan banal y tan infantil el atrezzo!— un complejo muy de la época: el de la realidad, que devenía ya en realismo, arrolladora escuela de arte que a la sazón descubría el mundo y lo organizaba a su manera. Con Cuéllar, es verdad, aparece en México el documento, uno de los guiones fundamentales del realismo y una de las hebras más socorridas de la literatura que señoreaba ya el foro literario europeo. Otro complejo: el de La comedia humana —según el propio Cuéllar por su boca lo dice. Tras de la serie monumental de Balzac, empezaban a aparecer —en América inclusive, como se ve— las comedias humanas. La de Cuéllar no recata su viva procedencia francesa, muy a pesar de su declaración de principios mexicana. Aspira a reproducir los ritmos sociales de su tiempo, sus costumbres, sus flaquezas, sus derrotas, y lleva en la mano un escalpelo. Buen hijo de la novela francesa de unos años antes —otra vez es irremediable la referencia a Sue, a Féval—, no oculta, tampoco, los hilos de su tramoya: por el contrario, mueve a sus muñecos mostrándonos todo su juego; para, al pronto, el consuno divagar de la acción, y discurre, discursea, sermonea, hace homilía; nos habla de la virtud, ensalzándola; anatematiza el vicio; considera la escena política y social de su hora. Y todo ello con el tono encantador del folletín romántico que desmonta el mundo a la vista del lector. Como con razón dijo de él su contempo-

ráneo Antonio de la Peña y Reyes: «Cuéllar es todavía el novelista que aparece, que raciocina, que se muestra al lector. No quiere que creamos a sus personajes, quiere que le creamos a él; no desea que su libro por sí solo nos deje una honda huella, él desea dejárnosla: y de aquí que corte el diálogo, que interrumpa la acción, que atrofie el entusiasmo para entregarse a las abstracciones metafísicas, a los raciocinios moralizadores, a los arrebatos de su espíritu. Siempre está él pasando lista de presente en esa asombrosa revista de tipos, de costumbres, de recuerdos, de defectos sociales, de gangrenas mexicanas que desfilan por los vidrios, por los espejos, mejor dicho, maravillosamente exactos de La Linterna mágica».

El propio De la Peña y Reyes agregaría, páginas adelante, este balance si no del todo riguroso, sí impregnado de la realidad local de su contemporáneo: «En él, junto con Altamirano y después de El Pensador, halla su cauce nuestra novela mexicana». A decir verdad, Altamirano y Cuéllar son dos palpitaciones bien distintas de un idéntico torcedor: el de capturar la esencia de lo mexicano en la novela. En cambio, el aire de familia es evidente si se le pone al lado de El Pensador: quien piense, leyendo a uno y otro, en abuelo y nieto, no anda lejos de la línea auténtica de la sangre.

Cuéllar —como el propio Pensador al que en cierto modo prolonga, como Ángel de Campo, que en cierta manera habría de prolongarlo— es un hijo de la ciudad de México, donde aparece en el registro civil, allá a fines del año de 1830, capital año de gracia del gobierno del general Bustamante. Es la víspera del cólera grande, la antevíspera del otro cólera, el de Texas, el de la disgregación de México. Buena familia, como se decía ya en los estrados de aquella encantadora y sufrida burguesía recoleta de merienda de chocolate y pastelillos de monjas y pretensiones de blasón, proveniente de dos siglos antes. Como de buena familia, los estudios en el afamado colegio de San Gregorio son obligatorios; obligatorios, también, con la adolescencia hir-

viéndole en la sangre, los del no menos afamado y antiguo de San Ildefonso. Poco después —los años son abundantes en borbotones de historia nacional— desfila bajo los arcos del Colegio Militar de Chapultepec. La invasión norteamericana, los desastres de Santa Anna, Churubusco... Los tercios del norte están frente a Chapultepec. Cuéllar —tiene a la sazón diecisiete años— se bate contra el extranjero, lado a lado de Melgar, De la Barrera, Escutia, Márquez. Una ficha: también se bate —como un héroe, un héroe adolescente— otro muchacho que once años más tarde habría de hacer ruido: Miguel Miramón. La tropilla de adolescentes del general Bravo es sacrificada por mitad. La otra mitad arrastraría por siempre el desencanto, la desesperación de aquel septiembre tremendo. Días azolvados de angustia, angustia de México, angustia de Cuéllar. La república, desgarrada, desangrada, amputada, jadea: hay minutos en los que parece que se disuelve. El hombre, sin embargo, como el país convulso, hallan puerta: Cuéllar escribe en la prensa, un año más tarde. A la vez, se hace pintor. Pintor mediocre de escenas callejeras. Se agolpa, en tanto, el fragor de la catástrofe; Ayutla, la Constitución, la Guerra de los Tres Años, la Intervención Francesa... Maximiliano y Carlota aparecen en Veracruz, apeando de la Novara. El horno parece que fuera a estallar. En Chapultepec, donde dieciocho años antes se batiera contra otro invasor este Cuéllar que tiene ahora treinta y cinco, suenan los valeses de Viena en los saraos de los emperadores. El experiodista vuelve a las andadas: galeras sin gloria de La Libertad. Alguna vez, en la casa paterna, en días ya lejanos de la infancia, había hecho teatro moralizante: en el patio se tendía la pequeña vela y a su cobijo crecía el estrado de párvulos, tras de la siesta sollozada por las palomas familiares; no tiene nada de extraño, pues, que vuelva a hacerlo. Las andadas atraen siempre a los pasos fervorosos: escribe teatro. Recojamos, porque es justo, tres nombres —y en torno de alguno el éxito puso sus mayúsculas—: El arte de amar, El viejito Chacón, ¡Qué

lástima de muchachos! *Había nacido para evangelizar: su teatro no se sustrae a esta vena congénita. Restauración de la República, restañar de heridas, pacificación del país que sale del infierno. Facundo —ya es Facundo— frecuente tertulias, mentideros, clubes elegantes, salones, saraos; por el día, sin embargo, desaparece y yerra entre los patios hediondos de las vecindades del populacho, husmea los humores de la horda, mete la cabeza aquí y allá, toma apuntes. Con las gafas hundidas entre dos resquicios del vertedero, le sorprende —al país también, salvándolo de la guerra civil— la muerte de Juárez. Facundo se agrega, de inmediato, al nuevo grupo que inscribe en su banderín, como cláusula esencial, la paz. La paz que todo México anhela, la paz que hace, a la sazón, sesenta y seis años que no existe en la república exhausta, la paz a cuya sombra el país cobrará perfil e ingresará —¡al fin, al fin!— al cuadro de las sociedades civilizadas. Los cuatro años candentes del general González galopan a lomos del descontento universal; el níquel y la deuda inglesa hacen el resto. El general Díaz vuelve al poder, que no soltaría ya sino hasta doblado el siglo, veintisiete años más tarde. José Tomás de Cuéllar —el gobierno no olvida a los viejos amigos— es secretario de la legación en Washington, donde envejece y le gana la tristeza del destierro. A la sombra de la paz de la dictadura, medra la rica vena novelera y evangelizadora; los años traen novelas, más novelas: la luz de La linterna mágica crece. Ya es el reputado autor de una docena de libros cuantiosos; sus héroes andan en las manos de todo el mundo, pulcramente enfundados en aquellas encantadoras cartulinas catalanas de Espasa y compañía. La voz que condensó el tumulto del horno mexicano se apaga, blandamente, con el noventa y cuatro. Sintiendo concluir, vuelve a la patria. Es febrero, mes de ventiscas, de aguanieves y de presagios de primavera. El refrán reza: «Enero y febrero, desviejadero». Facundo se va cuando los árboles de los viejos jardines de la capital recogen el primer hálito del año. Era un domingo,*

día capital en la feria de La linterna mágica. He aquí un documento —el postrero sobre la sepultura aún fresca del finado— que publica El Tiempo, el día 15 de aquel febrero:

El literato, el poeta, el pintor de nuestras costumbres, don José Tomás de Cuéllar, conocido en el mundo de las letras bajo el seudónimo de Facundo, ha dejado de existir. El domingo, después de larga y penosísima enfermedad, falleció en la casa del coronel don Gabriel Cuevas. Es una pérdida para las letras mexicanas la muerte de Facundo. Su espíritu, eminentemente observador, dio a la literatura mexicana obras tan acabadas como *Isolina la ex figurante*, *Las gentes que son así*, *Los fuereños*, *Los mariditos*, *Baile y cochino*, etc., etc. No son sus obras literarias los únicos méritos que el señor Cuéllar tiene para que su memoria sobreviva. En los tiempos de la intervención norteamericana, Cuéllar, que era alumno de la Escuela Militar, prestó su contingente de sangre y su nombre figura al lado de los que combatieron en el Molino del Rey...

La época —pese a su aire calmo y a su perfume de vals— fruteaba de intensas realidades creadoras. De hecho —y más allá de toda convencional connotación política— México, por primera vez, embarneaba, cobraba poder, vitaminas, tono, pulso, civilidad. En su murmullo de agua monótona, los años traían, uno tras otro, recias novedades en todos los órdenes. La república multiplicaba ferrocarriles, redes telegráficas, bancos, empresas industriales. Se respiraba el aflojar de un pueblo de su honda noche germinal. Apenas si del antiguo disturbio quedaban huellas; huellas que, por lo demás, la fuerza de la paz toleraba y eran como el necesario desfogue de la pasión mexicana, huellas que no subvertían el ruido de la jornada y circunscribíanse, periódicamente, a tal o cual publicación de carácter satírico contra la dictadura. La república participaba, de modo enérgico, del último balance creador de una Europa caduca en la que hasta el mismo pensamiento se reducía, más y más, a expresión práctica y a mero comentario del progreso material. Al

lado de Cuéllar y de su denso canto popular, la música y la literatura vestíanse de huera pompa parisiense; hora de vales vieneses o seudovieneses, de ópera italiana, de emporio del pompier y la mansarda, de truculentos folletones de duques, condes y marqueses. Un año antes de la desaparición del implacable fotógrafo de La linterna, el Vals poético de Villanueva corre los salones de México, rueda a los estrados de la clase media y remata en grito callejero en alas del cilindro trashumante. En las noches de gala del Teatro Nacional y el Arbeu, Nezahualcóyotl dice su aventura en arias que desprenden un vivo tufo de Verdi y Puccini, y Ricardo Castro triunfa con Atzimba y el vals Recuerdo. ¡México de los vales langorosos del noventa, México de las dulces canciones criollas de Antonio Zúñiga, el pecho constelado del general Díaz y los duelos de oratoria de los grandes tribunos en el congreso!

Atrás —inmediatamente atrás— queda el oceánico territorio de risa y lágrimas de La linterna mágica de Facundo, cuyas riberas toca la paz octaviana mas no contagia del tono de su recia garra creadora. El México que Cuéllar pinta —retrata, diré más exactamente— es el del mitote y la sublevación que liquida, precisamente, el porfirismo. Es natural que cada quien, desde su minuto, tire el recuerdo hacia los aledaños de éste. En un ritmo de pronunciamientos, conjurados, regímenes de improvisada ideología y ejecutoria efímera y turbulenta, la subversión social produce un mundo candente de criaturas teratológicas. Los privilegiados, como la clase media y la hez de la sociedad, resienten en su sustancia la convulsión del país que arde. Se improvisan fortunas, el sentido ético de la familia se relaja y los andadores de la ciudad capital procrean una fantástica galería de tipos exorbitantes de caprichosa vena humorística. Desde los días de Juan Bautista Morales, el genial panfletista de El Gallo pitagórico, no había sido puesto en pie un torrente más caudaloso de vida mexicana que el que endereza, a lomos de su serie novelesca, Facundo. Es amargo,

cáuístico, incisivo, y tiene el rigor inflexible de una lente de fotógrafo que capta en bruto un material vulgar, de una vulgaridad de charca y de antro. Se siente a sí mismo, cuando empuña el flagelo, un maestro de costumbres y un enderezador de entuertos. Su oficio le suena en el corazón con halagos misioneros. ¡Y tiene tantos reparos este fácil novelista que todo lo resuelve con un truco fácil de moralista! Casi siempre es banal; en veces —y no son poco frecuentes— aburre y aletarga, como un sol de siesta cargado de moscas; escasamente produce un auténtico borbotón de belleza en grande, como esos que unos años más tarde, doblando al siglo nuevo, saldrían a resplandecer de las manos de Rafael Delgado, de Ángel de Campo. En realidad, apurando los registros de su genuina filiación, Facundo es un romántico que si trae la intención de Balzac, no logra amasar obra sino evidente extracción folletinesca de Los misterios de París de Eugenio Sue. Correcta y clara la ficha que al respecto forma Pérez Martínez, el exégeta moderno más eficaz de este Cuéllar precursor de tantos hilos de ahora: «Sorprende encontrar en Facundo un alma romántica. El escritor que penetró en las casonas de vecindad y en la vida privada de los mexicanos de su época, con ojos abiertos y carnet ávido, para contar intimidades y perseguir una huella de fealdad moral en los hombres, fue un romántico. Ello se acredita en ese deseo de componer el mundo y regirlo conforme a una bondad inmanente y en la pasión puesta al servicio de la virtud, y en la ironía de que colma los contrastes; en la obsesión por exhibir vicios incurables y, aun, en lo que pudiera llamarse, inocentemente, técnica del novelista. La linterna mágica va en una sola, constante dirección: exaltar la virtud. Todas las armas serán buenas en la lid: el anatema, el ejemplo, la reflexión, la consecuencia». Verdad todo, de principio a fin. ¡Creía este buen notario mexicano que el mundo se compone con discursos y que el predicador tiene su parte —considerable parte— en el advenimiento de la regeneración moral del hombre y la acele-